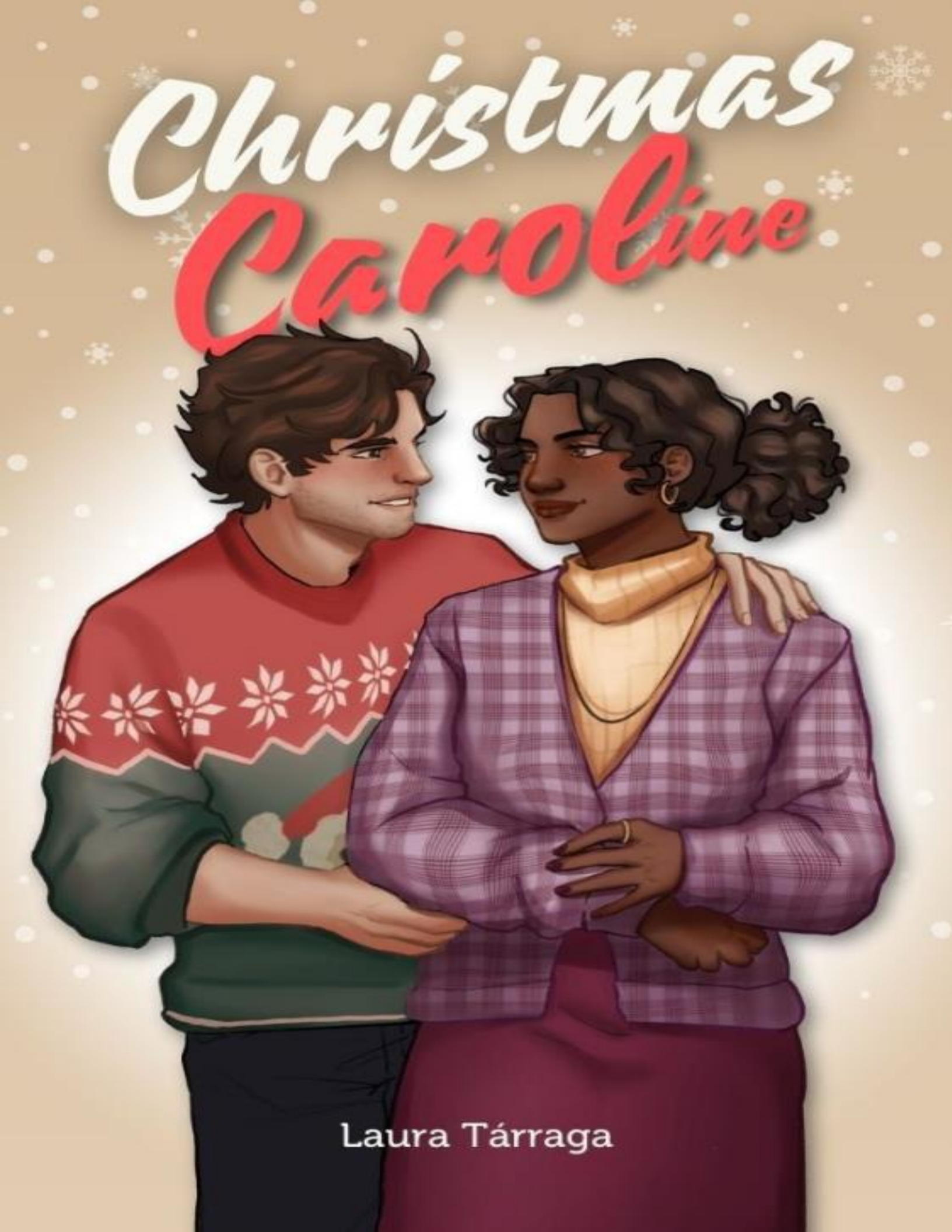
Christmas Caroline



Laura Tárraga

Christmas Caroline

Laura Tárraga

© 2024, Laura Tárraga
Corrección: Samanta Jiménez.
Maquetación: Laura Tárraga
Personajes de cubierta: ©Patricia Esteban Brau (@aboutbrau)
Diseño de cubierta: creada a partir de diseños de pesky, Aleksander, sketchify y Serhii Borodin en Canva
Embellecedores y pies de página: creados a partir de diseños de Isen Alejo y olhahadiy en Canva

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, o el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Para las personas que no tenéis a vuestra familia en Navidad.
Ya sea por decisión propia o por obligación

Sigue descubriendo el

Tarragaverso

Te regalo una comedia romántica en ebook

ÍNDICE

Huelga de pilotos
El nuevo compañero de piso
Un pacto de Navidad
El Belén más grande del mundo
El último mercadillo navideño
Te vas a comer mi turrón
Galletas, embutido y desfiles
Esta noche es Nochebuena y mañana, Navidad
Trasto de acero volador

Huelga de pilotos

Solo hay una cosa peor que quedarte sin vuelo para volver a casa desde la otra punta del mundo. Y es: quedarte sin vuelo para volver a casa desde la otra punta del mundo en Navidad.

Yo soy de las personas que defienden los derechos de los trabajadores y el derecho a la huelga, pero ya me jodería que me pasara justo el día que yo tengo que volver a casa después de pasarme un año estudiando en España.

Pues sí, adivina a quién le tocó la lotería.

Pero no la lotería que está todo el país viendo ahora mismo por la tele, sino la de la mala suerte. Porque la huelga de pilotos se ha hecho efectiva esta mañana, justo cuando yo acababa de llegar al aeropuerto y arrastraba dos maletas del tamaño de mi armario.

—Pero tengo que volver a Willow Bend. —supliqué a la azafata de tierra con mi mejor español—. ¡Tengo que volver a Míchigan! No tengo casa. No tengo familia. No tengo a nadie.

—Lo siento, señorita. El único vuelo que sale a Estados Unidos está lleno. Podemos reubicarla en uno para dentro de cuatro días.

—¿Cuatro días? Pero eso será el… —Hice cuentas mentalmente—. Veintiséis. Ya me habré perdido las Navidades.

La mujer me miró agobiada. Me imaginaba que no tenía que ser fácil decir aquello a todas las personas que habrían venido hasta aquí para pedirle exactamente lo mismo que yo. Bufé al aire.

—Está bien, póngame en ese vuelo.

—Puede que reagenden el vuelo y lo adelanten, pero… depende de la huelga —me dijo, antes de que se pasara un buen rato tecleando, pero no me rendí.

Fui a los mostradores de todas las aerolíneas internacionales que me encontré pidiendo ayuda, pero pasó lo que me temía. Todos los vuelos se habían utilizado para reasignar a los pasajeros que ya habían reservado con ellos y que se habían quedado tirados por la huelga.

Maravilloso.

Genial.

Fantástico.

Sobre todo porque lo que le había contado a la azafata era real. No tenía casa. No tenía familia… por tener, no tenía ni a mi única amiga conmigo. Ali no solo era mi compañera de piso, también era la única con la que hacía vida fuera de clase. Y había aprovechado que se habían terminado las clases para hacer un viaje por el norte con la familia de su novia.

Así que estaba completamente sola.

Por un momento había pensado que si me reasignaban a un vuelo durante las próximas veinticuatro o, como mucho, cuarenta y ocho horas, podría hacer vida en el propio aeropuerto. Podría sobrevivir de alguna forma.

Pero pasar cuatro días allí… era un completo despropósito, además de una estafa. Porque volvería a casa sin un centavo si tenía que alimentarme a base de máquinas expendedoras que te sablan o los restaurantes con precios abusivos.

Me senté en mitad de la terminal, masajeándome las sienes, tratando de respirar y relajarme cuando solo quería llorar sin parar. No iba a probar el puding de mi madre aquel año. Ni me pasaría la Nochebuena en pijama, a juego con el resto de mi familia, mientras veíamos una película navideña. Tampoco probaría los *mac and cheese* de mi tía, con los que llevo soñando meses.

Ni me levantaría con regalos debajo del árbol.

Iban a ser mis peores Navidades con diferencia y no podía hacer nada para evitarlo… A no ser que encontrara un transatlántico dispuesto a llevarme a casa.

Cogí el móvil, abrí WhatssApp y le escribí a Ali:

«Me han cancelado el vuelo»

«¿¡Qué!?»

«Pero te habrán dado una solución, ¿no?»

«Sí, para dentro de cuatro días»

«¿CUATRO días?»

«OMG»

«¿Y qué vas a hacer?»

«Menuda pregunta de mierda. Vente con nosotros. Vamos a La Costa da Morte»

«No me quiero alejar del aeropuerto. La azafata me ha dicho que puede que cambien la fecha»

«Imagínate que me pilla en Galicia y no llego…»

«¿Y qué vas a hacer? ¿Te quedas en un hotel?»

Ya lo había pensado. Pero en cuanto entré en las páginas de reservas de hoteles y vi los precios, se me apretó todavía más el nudo en el estómago.

«Imposible con mi presupuesto»

«Ve a casa y quédate en mi habitación»

«Ya no tengo las llaves»

«Además, ¿y si se entera la casera?»

«Como ponga una pega porque has tenido que quedarte cuatro días de gratis, la mato yo»

«*I don't know*…»

«De verdad, ve. Así conoces a mi nuevo *roomie*. Yo lo vi cinco minutos antes de irme, pero me pareció de fiar»

«Le voy a avisar de que vas»

«¿Hola? ¿Carol?»

«¿Estás ahí?»

«Sí»

«Ve a casa. Lo digo en serio»

«*Okey*. Voy para allá»

El nudo se me soltó por completo. Sentí que podía volver a respirar. Aunque fuera un poco más que antes. Tenía un lugar en el que caerme muerta. Solo tenía que evitar que la casera se enterara de que me estaba quedando en la casa de gratis.

Y esto era importante porque no nos habíamos llevado muy bien en este tiempo…

… y porque vivía en el piso de abajo.

El nuevo compañero de piso

Me había despedido de la casa aquella madrugada. Unas horas antes de que el nuevo inquilino entrara a ocupar mi lugar y de que Ali se marchara de viaje.

Por eso no me esperaba tener que volver a entrar de nuevo y, lo mejor, hacerlo a hurtadillas.

Eso es más difícil de conseguir cuando llevas dos maletas de treinta kilos. No es que llame poco la atención, la verdad.

Por suerte, era demasiado pronto, el ascensor estaba esperando en el entresuelo y ningún otro vecino lo paró hasta que llegué a mi destino.

Arrastré las maletas hasta la puerta y respiré profundamente antes de llamar al timbre.

Nada.

¿Y si lo había pillado fuera? ¿Me tendría que esperar tirada en el rellano? ¿Y si a la casera le daba por subir a saludar al nuevo y me encontraba allí tirada?

Solo con recordar la bronca que tuvimos la última vez que nos vimos se me pone la piel de gallina.

Por eso, llamé de nuevo. Por si acaso no se había enterado la primera vez.

—Ya va, ya va.

El chico que me abrió la puerta estaba ojeroso, con el pelo hecho una maraña y una camiseta agujereada por pijama. No hacía falta ser Sherlock Holmes para saber que lo acababa de despertar.

—¿Sí?

—Eh, ¡hola! Gracias por dejar que me quede unos días —dije mientras arrastraba las maletas al interior de la casa—. No te enterarás de que estoy aquí.

—¿Perdona?

Me giré sin comprender aquella pregunta. Creo que mi rostro fue suficiente para desconcertarlo todavía más.

—¿Quién eres?

—¿No te ha llegado el mensaje de Ali?

—¿Ali?

—Tu compañera de piso.

—Ah, la chica rubita con la novia gótica. Sí. O sea, no, no me ha llegado su mensaje. O no lo sé. No he mirado el móvil.

—Ah, pues… soy Caroline. Yo era su compañera de piso antes que tú. O sea, yo dormía en tu habitación.

—Oh, ya veo.

—Sí… y tenía que volar a Estados Unidos, pero…

—La huelga de pilotos.

Asentí.

El chico se rascó la cara, bostezó y me dejó pasar.

—Adelante. Es más tu casa que la mía.

—*Thanks.*

—No hagas ruido, que necesito dormir.

—Seré una tumba.

Me adentré en la casa y me topé con que mis maletas no iban a ser las únicas que estarían por

el medio. Tenía pinta de que aquel chico había llegado a la casa dispuesto a echarse a dormir durante los cuatro días que iba a durar mi estancia.

Pues, ¿sabes? Casi que aquello era lo mejor. Yo no le molestaría a él ni él a mí. Así podría pasarme todo el tiempo encerrada en la habitación de Ali, llorando por mi desgraciada y solitaria Navidad lejos de mi familia y mis amigos.

Entré en el dormitorio, me senté en la cama y empecé a desahogarme.

Un pacto de Navidad

Llevaba ya dos horas llorando cuando escuché que la puerta de la que había sido mi habitación se abría.

—Seguimos siendo pobres, ¿verdad? —Me miró desconcertado antes de asentir con la cabeza—. A mí también me dan ganas de llorar por la precariedad.

Contra todo pronóstico, me reí.

—No compré ningún billete de lotería.

—Eso sí que es raro. —Se apoyó en el umbral de la puerta con los brazos cruzados. Yo me encogí de hombros.

—Quería comprar, pero se me olvidó.

—Pues estás de suerte, porque todavía te queda una oportunidad para hacerte de oro. Y vamos a salir ahora mismo a por ello.

Me tendió la mano desde la distancia, yo me sequé los mocos con la manga del jersey y negué con la cabeza. La verdad es que lo último que me apetecía era salir a la calle y ver las luces de Navidad y las decoraciones por todas partes. Sobre todo porque a esas alturas debía estar ya subida en un avión de camino a casa.

—He hablado con Ali y me ha pedido que te saque de este zulo. Y me ha amenazado con comerse mis táperes cuando no esté en casa, así que no pienso ceder mis táperes a nadie. Aunque no tenga ni uno. Nunca se sabe cuándo me dará por cocinar algo que no sean macarrones con tomate.

Maldije a Ali mentalmente, pero me incorporé sobre la cama y me arrastré hasta la puerta.

—*Good girl.* —Lo asesiné con la mirada, él espetó una carcajada.

Me acompañó hasta la puerta de casa, salimos de allí y llegamos a la calle sin toparnos con la casera en ningún momento.

Para ser diciembre, el sol calentaba que daba gusto, y a mí me sentó genial el chute de vitamina D. Casi hasta le agradecí el paseo.

—¿Quieres algo? —Me señaló una cafetería antes de añadir—: Tengo más hambre que un perro. Bueno, yo te compro algo por si acaso y luego decides. O mejor no, mejor entras sola y escoges lo que vas a comer tú y lo que voy a comer yo.

—*But…*

—Sin excusas, que estoy triste. No me ha tocado la lotería y me has hecho madrugar.

—Eran las ocho de la mañana…

—Pues eso, madrugar. Por cierto, invito yo. Dime cuánto es y te hago un bizum.

Gruñí por lo bajo, pero cedí a su propuesta. Él me esperó en la entrada, con las manos metidas en su chaqueta mientras le daba pataditas a una piedrecita.

Me di cuenta, en seguida, de que aquella cafetería era diferente, porque tenía una librería nada más entrar. A lo mejor, si hubiera prestado atención al nombre: «Cafebrería», podría haber sumado dos más dos, pero aquella mañana no estaba yo para darme cuenta de mucho.

—¿Qué te pongo? —me preguntó la chica detrás de la barra—. ¡¡Leire!! ¡¡Nos hemos quedado sin bebida de almendras!! —Mis ojos se abrieron como dos platos llanos—. Perdona. Dime.

—Esto… no sé. ¿Qué me recomiendas?

—Pues estamos en plena campaña de Navidad, te recomiendo nuestro café especial. Es el

café más caro, pero también el más famoso en esta fecha.

Asentí. Si pagaba el culpable de que estuviera en ese momento allí cuando a mí me apetecía pasarme los siguientes cuatro días llorando, iba a cobrárselo de una manera u otra.

—Vale. Ponme uno de esos, de los caros. Ahora dime qué es lo más asqueroso que tienes.

—¿Perdón?

—O sea… no me refería a que no tengas cosas deliciosas, sino a… que quiero fastidiar a alguien.

La chica apretó los labios y apoyó los codos en la barra para impulsarse y mirar hacia donde yo había dirigido la vista. Pudo ver desde allí a mi acompañante.

—Entre tú y yo, le hago a mi prometida un *smoothie* que ella dice que está bueno pero yo creo que sabe a basura.

—¡¡Te he oído, Inés!! —Una segunda voz salió de la trastienda cargando una caja de cartón inmensa—. Y la próxima vez que necesites una caja de leche de almendras, pídemela a mí, que Leire no puede levantar peso en su estado… —Dejó la caja en el suelo antes de dirigirse a mí—: Ese *smoothie* está que te mueres.

—Sí, del asco —gruñó Inés mientras preparaba mi café.

—Estoy embarazada, no enferma —dijo la chica pelirroja, que se encontraba en la parte librera de aquel local cuando se fue la persona a la que acababa de atender.

—Sí, y llevas a mi sobrino. Así que déjame a mí las tareas pesadas.

—Joder con la duquesa… —murmuró Leire al pasar por mi lado. Inés puso los ojos en blanco y volvió a dirigirse a mí.

—¿Y bien?

—Ponme uno de esos también. De los que te matan de asco.

La chica no dejó de reírse hasta que pagué y me llevé las bebidas junto con un par de cruasanes. Mi compañero de piso por los próximos cuatro días me esperaba en el mismo lugar, pero con la nariz roja de frío.

—Por fin, estoy deseando tomarme una bebida caliente. —Entonces, le tendí el smoothie—. O no. ¿Esto es una clase de venganza?

—*Of course.* Y Ali tiene suerte de que no estaré aquí cuando vuelva de su viaje, porque le esperaba un destino peor que una bebida fría y verde.

El chico soltó una carcajada, pero se bebió el *smoothie* sin quejarse, a pesar de que su cara de asco podía verse a kilómetros de distancia.

—Por cierto, creo que no me he presentado. Soy Luca.

—Caroline —respondí.

—Ya. Tú sí te has presentado esta mañana.

—Como era *taaaan* de madrugada, a lo mejor no te acordabas.

Luca casi saca el *smoothie* por la nariz ante mi respuesta y empezó a reírse.

—*Touché.*

Seguimos caminando mientras recorríamos la ciudad de Candamosa, aunque la gente iba y venía con muchas prisas, se respiraba en el ambiente un poco de espíritu navideño. Aunque, claro, no tenía nada que ver con lo que vivía yo en casa. Donde cada casa podía contar con diferentes árboles de Navidad, las luces recorrían las calles a todas horas, había trineos en los tejados, muñecos de nieve hinchables, coros cantando villancicos, pistas de patinaje a rebosar…

Vamos, que al lado de aquello, la Navidad española era un poco… pobre.

Luca debió notarme la tristeza, porque me preguntó qué me ocurría. Cuando puse en palabras

lo que acababa de pasar por mi cabeza, asintió.

—Sí, allí sois mucho de hacerlo todo a lo bestia. Pero esto no está tan mal. Tenemos… un belén gigante. —Señaló al portal que se había instalado en una de las plazas más importantes de la ciudad—. Ah, y en Alicante está el belén más grande del mundo. San José mide diecisiete metros de altura.

—*Oh my god.*

—¿No lo has visto? —Negué con la cabeza—. No se hable más. Esta tarde vamos.

—No sé, Luca…

—¿Cuál es la alternativa? ¿Quedarte en casa llorando hasta que te llamen para decirte que puedes subirte a un avión? Pones el móvil con sonido. A tope, si quieres. Estarás atenta a cualquier llamada o mensaje que te llegue. Y mientras… pues disfrutas de la Navidad a la española.

Suspiré. Supuse que tenía razón. La alternativa era amargarme. Y si ya me iba a quedar sin mis preciadas Navidades tal y como siempre las había vivido, ¿qué más podía hacer? ¿Cruzar el atlántico a nado?

—Vale. Pero entonces, exijo tener las Navidades más españolas del mundo.

La sonrisa de Luca se ensanchó todavía más… si es que eso era posible. Porque creo que nunca había conocido a nadie que sonriera más que aquel chico.

—Genial, entonces, empecemos por el principio. —Se paró delante de una administración de lotería.

—Pero… el sorteo está pasando ahora.

—Ya. Pero tenemos el día del Niño que, aunque no sea tan famoso, te pueden tocar dos millones de euros.

Me abrió la puerta de la administración y entré, divertida. Allí dentro, todo el mundo estaba atento a lo que sucedía en la radio y la televisión. Era, posiblemente, el día más importante de todo el año para aquella gente.

—¡Buenos días! —dijo la señora tras el cristal.

—Buenos días, ¿toca o qué? —Luca se apoyó en el mostrador con cara de curiosidad.

—Han salido dos quintos y un segundo premio.

—Mejor, es más aburrido cuando el gordo sale a primera hora. O eso decía siempre mi abuelo. —Luca me señaló los billetes de lotería que tenían como ilustración, a la representación de la sagrada familia—. Escoge el que más te guste.

Me quedé mirando los números uno a uno y sentí el corazón latirme muy deprisa. Como si de verdad estuviera en mi mano elegir al ganador.

Señalé el que más me gustó.

—¿Con uno de esos ya me pueden tocar los dos millones de euros? —pregunté.

La señora parpadeó un par de veces antes de centrar su atención en mí. Como si estuviera procesando mi pregunta.

—Ay, no, cariño. Ojalá. Son dos millones de euros a la serie, o sea, doscientos mil euros por décimo.

Miré a Luca.

—No he entendido nada.

—Cada billete es un décimo. Si compras la serie, que son diez décimos, es cuando te pueden tocar los dos millones.

—*I see…*

Todavía estaba asimilando la información cuando la mujer empezó a gritar como si le acabara de morder un perro rabioso.

—¡EL GORDO, EL GORDO!

—¿Ya ha salido? —Luca dio un brinco pero no se movió de su sitio. Es más, no le dio la menor importancia a la noticia.

—¡QUE NOS HA TOCADO! ¡QUE LO HEMOS VENDIDO NOSOTROS!

Ahí sí, los dos alucinamos. Luca se irguió por completo mientras mostraba su sonrisa al completo. La mujer saltó de su silla, salió de detrás del cristal y saltó a abrazarnos a los dos. Gritó y gritó de alegría.

—¿Es rica? —pregunté viendo la reacción de la mujer.

—Mejor. Como le ha tocado el gordo, le ha dado caché a su administración. Ahora los próximos años, la gente vendrá más a comprar aquí. Pensarán que da suerte.

—Ahora sí que no me arriesgo —dije con una sonrisa—. Le pienso comprar una serie entera.

—¿Segura? Eso son unos doscientos euros, ¿eh?

—Más barato que cuatro noches en un hotel. Lo he mirado.

Tardamos un buen rato en que la mujer nos atendiera después de la buena noticia. Es más, decidimos quedarnos con ella y con el resto de personas que acudieron a la administración para celebrar la buena noticia. Sacaron champán y vasos de papel. Llegó la televisión y nos entrevistó para que contáramos cómo había sido la reacción de la administradora en el momento de la noticia.

—Te quejarás —dijo Luca, y yo arrugué el ceño—. No hay nada que sea más típico que la lotería de Navidad, y tú has vivido en primera persona lo que no hacen la mayoría de españoles jamás.

Me mordí el labio.

Tal vez esta experiencia no iba a estar tan mal.

El Belén más grande del mundo

No era broma. Lo investigué en el coche mientras Luca conducía hasta la ciudad que nos quedaba a unos minutos de distancia. Alicante tenía el Récord Guiness al Belén más grande del mundo desde 2019.

Y casi se me descuelga la cabeza del cuello cuando me coloqué debajo de las figuras para observarlas con detenimiento.

—Por aquí sois mucho de construir figuras gigantes —comenté—. ¿Estas también…?

—¿Qué?

—Si se queman. Como las fallas y las hogueras.

—No, no. Estas se quedan enteras.

Me alucinó pensar en cómo se podría haber construido algo tan grande y llamativo y dónde se debía meter el resto del año hasta esperar su momento. Los colores de las capas de los tres Reyes Magos, la inmensidad del niño… Era todo tan grande que me hizo sentir muy pequeña.

—¿Tú eres religioso? —le pregunté, cuando le di un respiro a mi cuello y volví a posar los ojos sobre la tierra.

—Qué va. Y la mitad de la gente que celebra la Navidad tampoco. Es más, algo también muy español es poner uno de esos en casa. —Me señaló al belén—. Obviamente, no tan grande. Hay quien lo hace porque es religioso de verdad y hay quien lo hace… solo por tradición.

—Ah, entiendo.

—Mira, te voy a llevar a un sitio —dijo Luca después de buscar algo en su móvil—. Para que veas a lo que me refiero.

Por un momento esperaba que me metiera en casa de algún amigo o conocido para descubrir cómo los tenían y poder verlo con mis propios ojos, pero no. Me llevó a otro lugar.

Al Museo de Belenes.

Un lugar repleto de representaciones de diferentes escenas cotidianas de la ciudad de Belén mientras se estaba dando el nacimiento del niño Jesús. Algunos contaban con agua real, que recorría los ríos, llenaba los pozos y hacía que los molinos se movieran. Otros tenían luces en las diminutas velas y farolillos de las calles. Había anacronismos, mercados, reuniones de pastores, mujeres en los tenderetes, pescadores, lavanderas… y hasta hombres cagando y meando.

—*What the fuck*… —murmuré señalando a uno de estos.

—Ah, el *caganer*. Esto solo te lo vas a encontrar en Cataluña, Comunidad Valenciana y creo que Baleares.

—Y yo puedo… ¿comprar uno?

—¿Un *caganer*? Claro. Y un pastor. Y un nacimiento, si quieres.

—¿Cómo voy a comprar un nacimiento?

—O sea, el portal. Con la virgen, el niño, la mula, el buey… Ya sabes.

—¿Y lo puedo comprar aquí?

—Hay un sitio mejor que esto. Pero… —Consultó su móvil para ver la hora—. Creo que tendrá que esperar a mañana. Se nos ha hecho un poco tarde con tanto viaje y he quedado para cenar, perdona.

Me esperé a salir del Museo de Belenes para hablar de nuevo:

—Lo siento, no quería quitarte tiempo.

—No te preocupes, ha sido idea mía. Y seguro que mi hermana y su novio pueden esperarme.

Nos metimos en el coche y volvimos de nuevo a Candamosa. Luca me dejó en la puerta del edificio en el que había vivido durante los últimos meses, pero no se marchó, sino que bajó la ventanilla y me preguntó:

—¿Vas a llorar mucho mientras no esté delante?

—Sí. Voy a aprovechar para desahogarme ahora que nadie me lo impide.

—Buena chica. Déjalo ir. Pero que eso no te impida hacer cosas, ¿estamos?

Asentí. Y aunque se marchó de allí sin mirar atrás y yo de verdad quería pasarme el rato llorando para soltar toda la tristeza que se me había quedado dentro, me di cuenta de algo. Aunque pensar en mi familia y en todo lo que íbamos a pasar juntos me puso triste, vivía en pleno siglo XXI. Por eso, abrí mi portátil y llamé a mi madre desde la distancia para verle la cara.

—Hola, mamá —saludé en inglés. El nudo en la garganta se me acentuó en cuanto las palabras salieron.

—Hola, cariño, no ha habido suerte, ¿no?

Negué con la cabeza y los ojos se me inundaron de lágrimas, al igual que a ella.

—Pero he visto cómo una señora tenía el mejor día de su vida. Y también he visitado el Belén más grande del mundo.

Ella se enjugó la cara y me preguntó por todo lo que me había sucedido, le conté absolutamente todo, con pelos y señales. Para, después, preguntarle por mi familia.

—Kirsten se ha puesto triste al saber que no ibas a llegar, y hemos hecho galletas para animarnos un poco. —Movió la cámara de su móvil y la acercó a la bandeja de galletas. Las habían decorado como hacíamos todos los años. Casi podía oler la canela y el jengibre desde allí.

—Guardadme una —me tembló la voz, pero conseguí mantenerme entera.

—¿Una? —Me mostró otra bandeja diferente—. Te ha hecho veinte.

En cada galleta había una decoración que me representaba. El color amarillo, mi preferido, se veía en casi todas. Las bolas de Navidad tenían mi nombre escrito y los hombrecillos de jengibre llevaban puesto mi jersey favorito. Quise abrazar a mi hermana pequeña como nunca.

—Carol, el día de Navidad podemos comer juntos por aquí, ¿vale? —me propuso mi madre y yo asentí con las mejillas empapadas—. Solo tienes que aprender a hacer los *mac and cheese* de tu tía.

Aquella risa me alivió, pero no tanto como lo habría hecho quedarme dormida junto a la chimenea en mi pijama de Navidad a juego con el de mi familia. Al final, colgamos cuando se me cerraban los ojos del sueño. Me puse mi pañuelo de seda en el pelo y decidí que era un buen momento para ver una película navideña de *Hallmark* en el sofá. No escuché cuándo Luca llegó de su cena, pero cuando me desperté a las tres de la mañana, estaba arropada en una manta y la película *Cuento de Navidad* versión Disney estaba puesta en el portátil.

El último mercadillo navideño

Luz, fuego… destrucción.

Acabar con cualquiera que se topara en mi camino. Arrancarle la cabeza como si fuera una gamba. Eso era lo que pensé con el corazón desbocado en cuanto abrí los ojos y me topé con Luca en el salón, junto a un par de altavoces y zarandeando su móvil en el aire mientras meneaba el trasero como si fuera un dibujo animado.

Y eso no era lo peor.

Su voz. Sus graves tratando de convertirse en agudos a la vez que trataban de entonar alguna nota musical que se correspondiera con la original:

—CAMPANA SOBRE CAMPANA. Y SOBRE CAMPANA UNA. ASÓMATE A LA VENTANA, VERÁS AL NIÑO EN LA CUNA. ¡BELÉN, CAMPANAS DE BELÉN!

—*I'm going to kill you* —le amenacé.

—¡Venga! ¡Arriba! ¿Dónde está ese espíritu navideño? Tenemos cosas que hacer. O, mejor dicho, que comprar.

—*At this point, staying in a hotel would've probably been cheaper.*

—¿Qué dices?

—Nada, nada…

Me arrastré como un zombie hasta el baño, me di una ducha y me puse lo primero que pillé de la maleta. En cuanto quise darme cuenta, estaba de copiloto en el coche de Luca, conduciendo sin conocer el destino y con los villancicos más extraños sonando a todo volumen.

—¿Qué tal anoche con tu hermana?

—Oh, bien. Me dio una cosa. Está ahí. Míralo, anda.

Abrí la guantera y me topé con un sobre con relieve y un sello de lacre con las letras C y B. No tuve que abrirlo para saber qué había en su interior.

—¡¡Se va a casar!!

Luca ensanchó su sonrisa, si es que eso era posible, y asintió con la cabeza.

—Ya era hora, llevan viviendo juntos como tres o cuatro años. Y a ver si me dan un sobri pronto.

Aquella noticia me llenó de alegría y eso que ni siquiera conocía a la pareja implicada, pero eso me hizo recordar a mi familia y la quedada online que habíamos agendado para comer juntos el día de Navidad.

—Imagino que mañana cenarás con tu familia, ¿no? Para celebrarlo —pregunté.

—¿Con Carlota? Ni hablar. Ella cena con sus suegros porque también se niega a ver a nuestros padres. No queremos saber nada de esos tránsfobos de mierda que usan mi *deadname*.

Apreté los labios, completamente en shock.

No podía comprender cómo unos padres podían ser tan crueles con un tema tan importante como la identidad de género. Pero yo jamás había pasado por algo así y no tenía claro qué hacer, así que, simplemente, coloqué mi mano encima de la suya para reconfortarle.

—Estoy bien, tranquila. —Su sonrisa volvió a aparecer y a mí se me encogió el corazón. Algo me decía que no, no lo estaba en absoluto, pero que tampoco iba a meter el dedo en la llaga. Sobre todo porque apenas le conocía todavía—. Así que, si no tienes otro plan mejor, pasaré la Nochebuena contigo.

Cuando el coche se detuvo en el interior de un aparcamiento subterráneo, ya había escuchado

Los peces en el río, La marimorena y *Hacia Belén va una burra* de la mano de los berridos desafinados de Luca.

Y cuando salimos al exterior, tuve que entrecerrar los ojos para que la luz del sol no me cegara por completo. Por eso, tardé un par de segundos en darme cuenta de dónde estábamos.

La plaza en la que habíamos acabado estaba a rebosar de tenderetes decorados con guirnaldas, nieve falsa y un olor a dulce que me revolucionó el estómago.

—¡Me has traído a un mercado navideño!

—Sabía que te gustaría. —Luca colocó los brazos en jarra e hinchó el pecho como una paloma—. Si quieres comprar un belén, este es el mejor sitio sin duda, pero…

No le escuché terminar, corrí hasta los tenderetes y me hice paso entre las personas que estaban observando lo que había en ellos para ver todo lo que me ofrecían. Desde dulces artesanales y turrones, hasta figuras hechas a mano y decoraciones para el árbol.

Me detuve ante estas últimas y me quedé observándolas. Había un puesto dedicado por completo a hacer bolas de nieve personalizadas que se colgaban en el árbol de Navidad. Tenía una serie de figuritas de plástico ya listas que introducía en el interior y rellenaba antes de dárselas a su clientela.

No era raro que estuviera a rebosar de gente… y que quien lo llevaba estaba hasta arriba de trabajo.

—¡Ah! ¡Aquí estás! —Luca apareció al rato—. ¿Te llama algo la atención?

—Quiero llevarle una de esas a mi familia —señalé a las bolas de nieve y Luca asintió.

—Genial, pues mientras tú haces cola aquí, voy a mirar yo unos regalos.

Asentí y me quedé absorta en cada uno de los detalles del proceso de creación de esas preciosas bolas de nieve. Divisé con la mirada aquellas figuras que se parecían más a mi madre, mi hermana y a mí misma. Había de todos los colores y tamaños. Más altas y más bajas. Más gordas y más delgadas.

Y cuando fue mi turno, simplemente tuve que señalar las que ya tenía fichadas. La mujer pegó las figuras, la rellenó de nieve y la cerró.

—Feliz Navidad —me dijo su compañera cuando el pago se formalizó y me tendió la bolsa con mi ansiada bola en el interior.

—Ni hecho aposta. —La sonrisa de Luca se materializó a mi lado en aquel momento—. Ya tengo lo mío. ¿Quieres ver algo más?

—Si no te importa…

—Para nada. Vamos.

Vimos todos los puestos y me llevé una tableta de turrón artesanal, «De ese, el de almendras. Eso sí es turrón, no la mierda que hacen con Nestlé Jungly, Oreo y a saber cuántas aberraciones más», dijo Luca. Solté una carcajada y me compré un *caganer* de recuerdo.

—Aprovecha, que hoy es el penúltimo día. En Candamosa somos famosos porque tenemos el último mercadillo navideño.

—¿Cómo que el último? No… no entiendo.

—Ah, pues que normalmente los mercadillos navideños se hacen a principios de mes. Bueno, hay de todo, pero por norma general por estas fechas ya están cerrados. Pero nosotros solemos hacer siempre las compras en último momento, así que nuestro mercadillo abre hasta el día veinticuatro.

—Por eso has comprado los regalos ahora, ¿no?

Luca ladeó la cabeza y arrugó la nariz.

—Más o menos.

Después de aquello, nos volvimos al coche para volver a casa. Siempre, por supuesto, vigilando que no nos topáramos con la casera. Luca dejó las bolsas sobre el sofá y suspiró.

—¿Pedimos algo para comer? Así podemos ponernos con esto… —Empezó a rebuscar en ellas hasta que sacó del interior una caja de cartón que me mostró con una enorme sonrisa.

Entrecerré los ojos hasta que me di cuenta de lo que era.

—¿Has comprado un Belén?

—Sí, pero de juguete. Había un puesto que estaba especializado en hacer figuras de Playmobil. Las que son tan realistas… me dan un poco de mal rollo, la verdad.

Lo miré como si me acabara de hacer el mejor regalo del mundo. Abrí la caja, saqué las piezas y las dejé sobre la mesita de café.

Mientras tanto, Luca sacó de la enorme bolsa otros materiales que no comprendí del todo. Entre ellos, un rollo de papel *craft*. Midió la mesa de café y recortó un buen trozo.

—¿Qué haces…? —pregunté, confusa.

—Mujer, no querrás que dejemos el belén así de soso, ¿no? Tendremos que ponerle tierra, musgo, nieve…

Parpadeé varias veces sin comprender de qué me estaba hablando hasta que todas aquellas miniaturas que vimos en el Museo de Belenes llegaron a mi cabeza.

—¿Cómo vamos a hacer eso con papel?

—No va a ser tan profesional como los que vimos ayer, pero hacer esto es el único buen recuerdo que tengo con mi familia. Toma, arruga esto.

Me dio unas hojas de papel con un estampado parecido a la roca que, viendo tal y como hacía Luca, conseguimos transformar en pequeñas montañas y rocas que adornarían nuestro Belén. Luca puso más villancicos en alto y yo coloqué el portal y las figuras, además de unos pocos pastores y un ángel.

Sacó un par de bolsitas de plástico rellenas de corcho, musgo y tierra y empezamos a colocarlo por toda la mesa.

En cuanto el timbre sonó con nuestra comida, Luca le dio el último toque a nuestro Belén. Desenrolló el burrito que se había pedido y utilizó el papel de plata para crear un río que recorría una pequeñísima parte de nuestro pueblo en miniatura.

Sacudió las manos con orgullo y dijo:

—Listo. Será mejor que comamos antes de que llegue mi hermana…

—¿Va a venir tu hermana? ¡Deberíamos haberle pedido comida también!

—Le he pedido a mi hermana un favorcito y llegará en un rato. Y no te preocupes, me ha dicho que no se queda a comer. Por cierto, anoche te pillé viendo una de esas películas navideñas malas malas…

Noté el calor subir por mi cara y carraspeé la voz.

—Sí, es que…

—Dime que no has visto la nueva de Lindsay Lohan todavía porque llevo retrasando el momento un mes y medio.

Sonreí tanto que me dolieron las mejillas y mentí como una bellaca. Por supuesto que la había visto. Pero me dije que no pasaba nada por fingir que no había sido así.

Sobre todo porque la ilusión que le hizo a Luca buscar la película y ponerla, hizo que mi estómago diera un brinco de alegría.

Te vas a comer mi turrón

El día que conocí a Carlota, apareció detrás de una caja de cartón rectangular y unas bolsas que arrastraba por la puerta del apartamento.

—¿Alguien ha llamado a Papá Noel? —Compartía la misma sonrisa con su hermano.

—Gracias, tata. —Luca le quitó de las manos una de las bolsas y yo agarré la caja rectangular. Estaba magullada y envuelta en cinta adhesiva.

Hasta que Luca no la rasgó con unas tijeras, no supe lo que había en el interior. Y lo que vi, me hizo llevarme las manos a la boca.

—Pero vosotros estáis fatal —dije.

Luca arrugó la frente y su hermana, más de lo mismo.

—¿Qué pasa? ¿No te gustan los árboles de Navidad? Vale, este no mide dos metros. Por llegar, no me llega ni a la cintura pero…

—¡Es de plástico! —exclamé.

—Claro, ¿de qué querías que fuera?

—¡De abeto!

—¿Abeto?

—Eh, ¿no se dice así? —repasé mentalmente mi vocabulario de árboles, porque tampoco es que conociera muchos.

—Sí, sí, pero no te entiendo.

—Luca, se refiere a que no es natural —explicó Carlota—. En Estados Unidos suelen comprarlos talados. —Asentí con la cabeza.

—Ah, bueno, pensaba que eso era solo en las pelis. Perdona si esto es… ¿un insulto?

—Esto es como lo que decías del turrón de Oreo. —Abrí los brazos por completo, indignada —. Pero lo dejaré pasar porque no contaba con tener árbol este año…

—Gracias por tu misericordia. —Sonrió Luca y Carlota espetó una carcajada.

—Si hubiéramos adelantado el viaje a Nueva York como te dije, podrías haberlo visto, pero no. Tú querías que fuéramos en Semana Santa —gruñó Carlota y yo los miré con curiosidad.

—¿Vais a viajar a Nueva York?

Luca asintió.

—Llevamos años esperando este viaje. Ya tenemos los visados, los vuelos, el hotel… —Carlota parecía una niña pequeña contando aquello.

—Estamos en diciembre y ya lo tiene todo listo para marzo, ¿se puede ser más controladora? —murmuró Luca.

—¡¡Ya me darás las gracias cuando se acerque la fecha y veas lo cómodo que es tenerlo todo organizado!!

Entre los tres montamos el árbol de Navidad. Coloqué la bola que le iba a regalar a mi familia en cuanto nos viéramos, porque por mucho que llegara el día veintiséis, estaría colgado muy poco tiempo. Y quería tenerlas presentes.

El resto de adornos eran antiguos, de diferentes colores, formas y tamaños. Carlota mencionó que lo había rescatado del desván de casa de su prometido porque se habían comprado uno nuevo.

Y, la verdad, no he visto un árbol de Navidad más feo en mi vida. Pero me dejó el corazón calentito.

—También tengo esto —dijo Carlota al sacar lo último que quedaba en el fondo de una de las bolsas—. No los hemos colgado en la vida.

Un par de calcetines gigantes se ondeaban en las manos de la chica y a mí se me iluminó la mirada y salté a por ellos.

—Ah, pero no tenemos chimenea —murmuró Luca.

—Pero sí radiadores —dije con una enorme sonrisa mientras me acercaba al radiador del salón, donde los colgué con un par de imanes de la nevera.

Nunca había tenido una decoración navideña tan cutre y tan bonita a la vez.

—Bueno, mi trabajo aquí ha concluido. —Carlota se llevó las manos a la cintura—. Os dejo, que he quedado con una amiga.

Y así, sin más, la hermana de Luca desapareció.

—*I like her* —dije en cuanto cerró la puerta de la entrada—. Se parece mucho a ti. Menos en que ella es, ¿cómo se dice? *Redhead*.

—Pelirroja. Sí, es la única de la familia con ese color. Siempre le he dicho que era adoptada, pero no cuela. Se parece demasiado al señor que nos dio el apellido.

Apreté los labios.

—Yo tampoco me hablo con mi padre —expliqué—. Pero en mi caso es porque se marchó con otra mujer cuando mi madre estaba embarazada de mi hermana. Y lo hizo justo en Navidad.

—Hostia.

—Sí. Es como el fantasma de mi Navidad pasada. —Hago referencia a la película que me ha dejado puesta de madrugada y parece que él medita mucho su respuesta.

—Ah, ¿y se supone que yo soy el fantasma de la Navidad presente? ¿Soy un gigante que no para de comer sin parar y que te va a enseñar cómo viven estas fechas las personas de tu entorno?

—No es que seas muy alto, pero la segunda parte sí lo estás haciendo —reí.

—Vale, pues todavía me voy a ganar más mi título. Te vas a comer mi turrón.

Abrí los ojos de sopetón y se me encendieron las mejillas. Por cómo lo dijo, pensé en todas las obscenidades que había escuchado a mis compañeros de clase durante este periodo de tiempo viviendo en España.

—Vale, sí, eso ha sonado fatal, perdona. Quería decir que he comprado turrones de verdad. Para hacer una cata.

—Pero yo ya he comprado turrón.

—Ya, pero me he dado cuenta de que todo lo que has comprado era para otras personas, no para ti. Y me niego a perderme la cara que vas a poner al probar el manjar de los dioses que solo podemos disfrutar ahora.

Acepté el reto y después de escoger qué película navideña nos iba a acompañar durante la cata, Luca preparó una tabla de turrones de todo tipo que colocó en una de las mesitas de noche que había en su habitación. Porque, claro, la mesa de café de delante del sofá, que además era nuestra mesa de comedor en general para comer, estaba llena de musgo y corcho.

Probé uno a uno los turrones y me relamí de gusto. Efectivamente, mi favorito fue el de chocolate con almendras, Luca puso los ojos en blanco mientras se le caía la baba al pensar en que tenía el resto de la tableta de turrón de almendra blando para él solo.

—Espera, tienes un trozo aquí —me dijo, señalando a la comisura de mis labios.

Traté de quitarlo con mi lengua, pero él negó con la cabeza y volvió a insistir: «Justo ahí», dijo antes de acercar su mano hasta mis labios y deshacerse él mismo de los restos de turrón. El

calor subió desde mi pecho hasta mis mejillas. Tragué saliva y me quedé observándole en silencio.

Él, inmóvil, sin apartar el dedo de mi labio, con la mirada fija. Mientras mi corazón se aceleraba cada vez más.

El timbre fue el encargado de que diera un brinco y me apartara de su tacto.

—Luca —dijo una voz que reconocí al instante al otro lado de la puerta—. He escuchado voces, ¿estás con alguien?

La cara de desconcierto de Luca fue un cuadro, «¿Qué?», preguntó en silencio, a lo que yo moví los labios para decirle: «La casera».

Me señaló la puerta de la que había sido mi habitación y fui hasta allí de puntillas para no hacer ruido. Luca, mientras tanto, fue hasta la puerta.

No creo que hiciera falta, pero mi parte peliculera no pudo evitarlo, y me escondí debajo de la cama. Por si acaso le daba por inspeccionar el piso.

—¿Sí? —preguntó Luca al abrir la puerta—. Oh, ¿puedo ayudarle en algo?

No la vi, pero me la pude imaginar intentando ver por encima del hombro de Luca el interior del piso. Esa mujer no estaba bien.

—¿Tienes visita? Dejé bien claro en el contrato que las visitas no pueden alargarse más allá de las nueve de la noche. Nada de fiestas, chico.

—No, estoy solo. Estaba viendo una película, a lo mejor el sonido está muy alto, ahora mismo lo bajo.

—Nada de follones, que luego en la junta de vecinos me como yo los problemas. Y yo me voy esta noche al pueblo para celebrar las fiestas con mi familia.

—Seré una tumba.

—Genial. Porque la que estaba antes que tú… no veas qué de problemas me dio. Eso es porque… ya sabes… es de fuera.

—Espero que no lo diga por su color de piel.

—Oh, no, Dios me libre. Conozco a otros que son muy buena gente.

—Señora, si va a venir con su racismo a molestar, casi que mejor quédese en su casa.

—¡Uy! No soy racista, niño.

—Lo que usted diga, ¿me deja ver la película tranquilo? ¿O en el contrato también pone que tengo que pedirle permiso para verlas cuando me dé la gana?

—No, no, me marcho ya.

La puerta se cerró y los pies de Luca fueron hasta la habitación, yo me arrastré por el suelo hasta salir por completo de debajo de la cama.

—Será embustera. Yo no hice nunca nada. Si soy la primera que se va a dormir siempre.

—Ni puto caso. Otra más para la lista de personas que no se merecen ni un pensamiento nuestro en Navidad.

—¿Otra más?

—Sí, los primeros son nuestros progenitores.

Ahí lo supe, ese chico tenía muchas papeletas para pisotearme el corazón esa Navidad.

Galletas, embutido y desfiles

Quería devolverle de alguna manera a Luca todo lo que había hecho por mí desde que había entrado por la puerta del piso.

Por eso, me esperé a que se durmiera para hacerme con todas las cajas de cartón que habíamos usado durante el día, las tijeras de la cocina y las pinturas que le había comprado a Kirsten como regalo y me puse manos a la obra.

Medí el radiador y corté, pegué, pinté y coloqué una chimenea falsa de cartón para poder colgar los calcetines y que fuera un poco más estilo estadounidense.

Y no contenta con ello (y con acostarme bastante tarde), fui la primera en levantarme. Lo poco que conocía a Luca me decía que no querría madrugar (es decir, despertarse antes de las once de la mañana), lo que me daba un buen margen para salir a hacer todos los recados que quería.

Gracias a Luca, me empezaba a plantear aquella Navidad como una experiencia nueva. Iba a ser mi primera y, seguramente, única Navidad en España. Viviendo las tradiciones tal y como me las estaba enseñando el chico.

Y, seguramente, él no tendría la oportunidad de conocer las tradiciones de mi país.

Por eso, a las nueve en punto entré por la puerta del Mercadona… No, qué va. Con esos precios ni me lo planteé, por mucho que fuera la representación máxima de los supermercados españoles, yo no podía gastar más dinero de lo pensado.

Así que fui a otro mucho más económico y me hice con todos los ingredientes de mi lista. Y, de camino a casa, pasé de nuevo por enfrente de la Cafebrería. Y al ver que estaba abierta, me decidí a entrar a por un par de cafés.

—Buenos días —me saludó la chica… que creo que se llamaba Inés. En cuanto me vio, pareció reconocerme—. Qué, ¿cómo estaba el *smoothie* del demonio?

—Asqueroso —me reí—, pero se lo bebió entero. Hoy quiero llevar una ofrenda de paz. Así que te voy a pedir dos cafés de esos. De los más caros. Estaba muy bueno.

—¡Gracias! Y marchando. —Se dio la vuelta para empezar a preparar los cafés mientras yo me fijé en el periódico que había sobre la barra.

En portada aparecía una chica de pelo castaño sonriente, pero fue el título lo que me llamó la atención: «Albaixama vuelve a hacerlo: El desfile de Papá Noel tendrá lugar el próximo 24 de diciembre a las 19:00 h.».

—¿Has visto? —preguntó Inés mientras señalaba el mismo titular que estaba leyendo—. Es Belén, una clienta habitual. Hace unos años creó la primera cabalgata de Reyes de Albaixama, el pueblo de aquí al lado, y ahora se ha sacado esto de la manga. —Llenó los vasos de cartón de la mezcla de café—. Tiene una mente cósmica y creo que se ha presentado a alcaldesa del pueblo.

—Pero… es muy joven, ¿no?

Inés se encogió de hombros.

—A Mozart nadie le dijo que era demasiado joven cuando compuso sus movidas con cinco años, ¿no? —me guiñó un ojo y decidí no llevarle la contraria.

Al final, tenía razón.

Le di las gracias, no solo por los cafés, sino porque acudir a esa cafetería me había dado un plan más que quería hacer antes de montarme en aquel avión. Y estaba segura de que Luca compartiría mi entusiasmo con esa idea.

Por eso, subí hasta casa, dejé mi compra sobre la encimera, preparé los ingredientes y me puse un delantal pegajoso que estaba abandonado en un cajón. Me froté las manos y me puse a trabajar.

Me puse los auriculares, coloqué el portátil sobre la encimera y al son de Mariah Carey empecé a amasar y hornear galletas con formas navideñas de todo tipo. Solo cuando el piso se inundó de un olor que yo relacionaba directamente con la mañana de Navidad, Luca se dignó a cruzar la puerta de su habitación olfateando como un hueso sabueso.

—¿Qué estás…? —preguntó, pero tuvo la respuesta ante sus narices—. ¡¡Galletas!!

—Y no unas galletas cualquiera. Son la receta de mi madre. En mi casa tenemos la tradición de hacerlas y decorarlas en familia, así que… —Le tendí una manga pastelera repleta de glaseado color verde.

Le brillaron los ojos de la emoción y no dudó en hacerse con la manga para empezar a decorar las galletas con forma de árbol. Yo solté una carcajada mientras me dedicaba a decorar los hombres de jengibre con glaseado blanco y rojo.

—Por cierto, te he traído esto. —Le tendí la taza de café y arrugó el morro—. Es café, prometido. Nada de *smoothies.* —Le dio un sorbo y su rostro cambió por completo ante el gustazo de probar semejante manjar de los dioses—. Y también te traigo una propuesta para esta tarde. Si es que tú no tenías nada pensado, claro.

—Nada de nada. Soy todo oídos.

Me acerqué a mi portátil y cambié la pestaña en la que aparecía Mariah Carey por la que hablaba de la noticia que había visto en la Cafebrería.

—Ostras, Albaixama está a tope —sonrió—. ¿Quieres que vayamos? ¡Me apunto!

El cosquilleo me inundó el estómago desde que dijo aquello hasta que me obligó a ponerme de nuevo aquel horroroso y pegajoso delantal para preparar la que sería nuestra cena de Nochebuena después del desfile de Santa Claus.

—He comprado lo mejor de lo mejor para la ocasión. —Luca abrió la nevera y sacó paquetes de todo tipo—. Dependiendo de la zona, unas personas cenan unas cosas u otras, pero yo te voy a enseñar la que es mi cena favoritísima de Nochebuena. Coge esa tabla.

Mientras Luca abría un paquete de panecitos tostados, me pidió que cortara y colocara trozos de embutido y quesos de todo tipo sobre diferentes platos. Él dejó preparados unos cuantos untables, sacó un rollo de papel con motivos festivos y lo extendió por la mesa del comedor para, después, colocar algo que quedaba en el fondo de las bolsas que Carlota había traído el día anterior. Descubrí enseguida que se trataba de unas guirnaldas verdes con detalles en rojo y que colocó a modo de centro de mesa.

—Ayúdame con las esquinas.

Fui hasta su lado y con unas tijeras corté la zona por la que debía delimitarse el mantel. Casi le dejo sin dedo índice y las risas estuvieron acompañándonos toda la tarde.

Yo prometo que nunca me había sentido tan en una nube como en ese día.

Se hizo con los turrones que no nos acabamos después de la cata y los colocó en otro de aquellos platos festivos junto con otros dulces: mazapanes, polvorones, mantecados, Ferrero Rocher y algo que llamó *pastissets de boniato.*

Y, por último, cocinó un poco de carne al horno.

Cuando todo estuvo listo, me pregunté cómo podríamos dos personas comernos todo aquello.

—Esto es todo lo que podemos dejar preparado, el resto lo podemos poner cuando nos sentemos a comer.

—¿El resto…?

—Claro. La mayor tradición de todas es que estarás durante días comiendo restos de Nochebuena y Navidad.

Eso también sucedía en mi casa, pero no esperaba tanta cantidad de comida para solo dos personas. Aunque, ¿quién era yo para cuestionar las tradiciones?

Nos cambiamos y nos pusimos un par de jerséis navideños para irnos al pueblo de al lado y disfrutar del desfile de Santa Claus.

Y para estar en un lugar tan pequeño, me sorprendió mucho ver a tantas personas, coches haciendo cola y esperas para poder aparcar y disfrutar de lo que había preparado la gente para aquella tarde.

—Me imaginaba que iba a ser un poco imposible llegar —dijo Luca, divertido—. Intentamos venir todos los años a la cabalgata de Reyes y es complicadísimo encontrar hueco para aparcar.

—No sabía que esto era tan popular.

—No se ha hecho nada así cerca. Además, a la gente le encanta la cabalgata. Aquí se ve a los Reyes Magos caminar por el pueblo, es una iniciativa de todos los ciudadanos y, claro, viendo lo mucho que se lo curran todos los años, no querrán faltar a esta nueva iniciativa.

Vi la cara de emoción de los más pequeños asomarse a las ventanillas de los coches o mientras caminaban por las calles con sus abrigos y bufandas.

Cuando conseguimos dejar el coche en un lugar que nos asegurara que estuviera allí cuando volviéramos, fuimos a la plaza para reunirnos con el resto de gente, donde una horda inmensa de elfos navideños, con sus trajes verdes y rojos, nos daban la bienvenida al lugar.

Y al contrario de lo que pensaba que iba a ser aquello, fue la magia lo que nos invadió.

Me quedé completamente boquiabierta al ver lo que solo un pueblo había logrado.

—Pensaba que sería algo cutre.

—Ya. Pero eso es porque no conoces a los albaixamines.

La plaza estaba completamente decorada con luces navideñas, había bastones de caramelo gigantes, casas de jengibre de tamaño real y hasta las casas que rodeaban la plaza se habían mimetizado con el ambiente, convirtiendo sus hogares en algo parecido a un parque temático.

—¿Quieres algo? —me preguntó Luca al señalar un puesto que anunciaba tener chocolate caliente y churros. Asentí—. Guárdame sitio, eh.

Me quedé observando todo lo que había a mi alrededor. La magia existía y estaba en aquel pueblo. En ese momento concreto.

Si había alguna duda de que Santa Claus no existía, allí se evaporaba como la pólvora.

Me di cuenta de que en el centro de la plaza habían colocado un escenario de madera, también decorado con un trono de terciopelo rojo.

—¿Me he perdido algo? —Luca me tendió un churro y una taza de chocolate que me supo a gloria con aquel frío.

—A un elfo dar una voltereta mortal en el aire —bromeé. Luca chasqueó la lengua.

—Maldita sea, ahora tendré que esperar todo un año para volver a verlo.

La carcajada que solté hizo que varios niños se giraran a observarme con curiosidad. Pero en ese instante, cuando todavía estaba saboreando el chocolate espeso, las luces de la plaza se apagaron y un foco se centró en el trono sobre el escenario y la música navideña comenzó a sonar.

En cuestión de segundos, Santa Claus estaba sobre el escenario, haciendo que todos los presentes soltaran vítores, gritos y cánticos de alegría mientras gritaban: «¡Papá Noel!», con

todas sus fuerzas.

Al contrario de lo que pensaba, se quedó de pie, ante un micrófono que le habían colocado y comenzó a hablar:

—Ho, ho, ho. Qué alegría me da ver que tantas personas habéis venido a mi encuentro. Y sé, gracias a mi inmensa lista, que no todos los presentes sois albaixamins. Creo que… —Hizo una visera con su mano y entrecerró los ojos—. Que hay gente de Candamosa, de Alicante, de Villena… ¡Oh! ¡Y hasta de Míchigan!

El corazón se me detuvo un instante y abrí la boca y los ojos por completo. Luca también parecía igual de sorprendido.

—¿Has sido tú? —pregunté en un susurro.

—Te prometo que no. —Levantó las manos como diciendo «soy inocente».

Tragué saliva. ¿Seguro que había mucha más gente de Míchigan allí? Negué con la cabeza. Era solo una coincidencia.

—Quería daros las gracias —siguió diciendo el hombre—, porque este año habéis demostrado ser las personas más buenas del mundo. Ayudasteis a quien más lo necesitaba cuando peor estaban. Os arremangasteis, os metisteis en el barro, ayudasteis a familias a salir de su peor situación durante la gota fría. Y solo por eso, quería venir en persona antes de empezar mi reparto por Europa.

El corazón se me encogió al escuchar sus palabras. Si algo había marcado los últimos meses había sido aquella catástrofe natural y humanitaria. De alguna forma, habíamos querido seguir adelante con nuestras vidas, pero una parte de todos se quedó en la zona afectada.

—Esta noche, me encargaré de que tengáis todo lo que necesitáis en vuestras casas… —Se hizo el silencio—. Aunque no sea siempre lo que pedís. —Los padres soltaron una risa y un niño que teníamos cerca se quejó en un susurro—. Los móviles, las tablets, los juguetes… son importantes y divertidos. Pero no olvidéis qué es lo que nunca os debería faltar: el amor y el cariño de las personas que más os importan. Sean o no sean familia.

Luca, a mi lado, sorbió por la nariz y, cuando miré de reojo, tenía la mirada llorosa y la nariz rojiza. Apreté los labios y le agarré la mano. Entrelazó sus dedos con los míos y el corazón me dio un brinco.

—¡Pero yo quiero mi muñeca! —Se escuchó a alguien.

—¡También tendrás tu muñeca, Miguel! —dijo Santa Claus y todos empezaron a reírse.

—¡Ha dicho mi nombre! ¡Sabe quién soy!

—¿Eso estaba planeado? —pregunté en un susurro.

—Lo dudo mucho —me respondió Luca.

—¿Entonces…?

—Yo decido creer en la magia.

—Bueno, me tengo que marchar. —Santa Claus nos llamó la atención—. Estoy seguro de que todos estáis deseando cenar y acostaros para que, al despertar, estén vuestros regalos bajo el árbol. Recordad que no podéis levantaros de la cama en toda la noche. Y que no pasa nada si no podéis dejarme leche con galletas.

El hombre se acarició la barriga entre sus características carcajadas y se bajó del escenario.

—Pero esto… no ha sido un desfile —murmuré.

En ese instante, una melodía empezó a sonar por parte de los músicos, di un brinco del susto y el cielo se llenó de drones que hacían diferentes figuras navideñas. Nos quedamos boquiabiertos.

Pero nada pudo superar el momento en el que Santa Claus se subió a la azotea del ayuntamiento, justo donde esperaba su trineo.

Y, literalmente, empezó a volar.

Esta noche es Nochebuena y mañana, Navidad

Nunca en mi vida había visto algo así.

Aquel lugar se había convertido en magia pura. Y todavía estaba asimilando todo lo que habíamos visto y escuchado cuando llegamos a casa.

—Pero, ¿cómo es posible? ¡Estaba volando!

—Ya te lo he dicho: ¡magia! ¡Era él! ¡Papá Noel! ¡El de verdad!

Luca lo dijo tan convencido que no pude decirle que no. La magia existía y lo habíamos visto con nuestros propios ojos. Y la cena me supo a gloria.

Cada panecillo untado, cada langostino, trozo de embutido y patata era una delicia para mi paladar. Nada parecido a lo que había comido en las Navidades con mi familia.

—Al final voy a tener que darle las gracias a los pilotos en huelga y todo —dije mientras me acariciaba la tripa a punto de explotar—. Esta ha sido la mejor cena de Nochebuena que he tenido nunca.

—La mía también. —Luca clavó sus ojos en los míos y sentí el calor recorrer mis mejillas—. ¡Es el mejor cordero que he cocinado nunca!

Puse los ojos en blanco y le di un codazo.

—¿Y qué le has pedido a Santa Claus este año? —Quise saber.

—Hace mucho que no le pido nada. Desde que me enfadé con él porque no me trajo el Cocodrilo Sacamuelas, para ser exacto.

—Qué rencoroso eres…

—¡Solo pedí una cosa! ¡Y me trajo calcetines!

—Espero que, al menos, fueran gordos y calentitos.

—Eso, tú búrlate de mi desdicha infantil. —Se puso una mano en la frente a modo dramático —. ¿Y tú? ¿Qué le has pedido?

—No he podido escribirle la carta.

—Eso da igual. Lo sabe todo.

—Es una tontería…

—Nada es una tontería.

Colocó la mano sobre la mía y lo sentí de nuevo, aquel cosquilleo.

—Pues pediría poder volver a casa para celebrar la Navidad. Y… algo relacionado con lo tuyo… Supongo que una parte de mi niña interior quiere la autocaravana de Barbie que nunca tuvo. Pero no la pido por vergüenza.

—Pues es una pasada. De verdad. Mi hermana y yo la tuvimos. Si lo hubiera sabido…

Sacudí la cabeza para quitarle importancia, pero la cara de Luca estaba tan cerca de la mía que podía sentir su aliento en las mejillas.

—Has hecho muchísimo por mí, de verdad. Has convertido las Navidades más tristes de mi vida en una de las mejores.

Me acarició la mano con tanto cuidado que una parte de mí quiso derretirse allí mismo. Posó la que tenía libre en mi mejilla. Quería acercarlo todo lo posible hasta mí, que me estuviera acariciando así toda la vida.

Que no se apartara jamás.

Por eso, cuando tragué saliva, me acerqué a él. Poco a poco.

Y solo cuando sentí que los labios de Luca estaban lo suficientemente cerca, que se rozaron

un instante tan ínfimo que me erizó la piel por completo, fue cuando nuestros cuerpos se buscaron sin preguntar.

Me besó con dulzura a la vez que necesidad. Me buscó en cada recoveco. Acarició mi piel por cada ángulo que pudo encontrar y me topé con que su cuerpo estaba hecho para el mío cuando me senté a horcajadas sobre él.

Se levantó conmigo en brazos y me llevó hasta la cama, donde nos buscamos con más ansias que nunca. Dos personas perdidas, que se habían encontrado por casualidad, que aquella Navidad había unido por un motivo.

Noté cada espacio de su cuerpo, cada espacio de piel, como si fuera la mía. Como si estuviéramos destinados a encontrarnos en ese momento.

No dejamos ni un solo espacio de piel sin besar, sin lamer, sin recorrer. Enredamos nuestras piernas y brazos. Reímos y gritamos.

Y di gracias porque la casera se hubiera marchado, porque si no habría sido imposible disimular nuestra pasión.

Me besó la frente, la nariz y las pestañas cuando enredados en las sábanas nos quedamos dormidos. Soñé con la magia y la dulzura, con cientos de Navidades como aquella.

Y cuando abrí los ojos, me topé con que todo aquello había sido real.

Tan real como que al día siguiente me iba a marchar a casa para no volver. Supongo que por eso se me rompió un poco el alma cuando vi a Luca a mi lado dormir con una sonrisa en los labios.

Me arrastré hasta el borde de la cama para ir al baño, cuando me topé con que había algo extraño en el salón. Justo debajo del árbol que medía menos de un metro cincuenta.

Eran dos cajas envueltas en papel de regalo. Apreté los labios y me acerqué hasta ellos.

«Caroline», decía el primero y «Luca», el segundo.

—Luca —murmuré en cuanto volví a la habitación. Él gruñó como respuesta.

Le di con la almohada para que se despertara.

—¡Auch! ¡Feliz Navidad a ti también!

—Que hay regalos bajo el árbol.

—¿Qué?

—No te hagas el sorprendido, sé que los has puesto tú.

—Te juro por mi vida que no he hecho nada. —Dio un brinco de la cama y corrió hasta el salón. Sí, completamente desnudo.

Luca se sentó junto a los dos paquetes sin prestar atención a la desnudez y dio un par de toquecitos al suelo para que me uniera a él.

Tragué saliva. Luca fue el primero en rasgar el papel de regalo del que llevaba su nombre. Abrí los ojos de par en par en cuanto vi el interior.

El Cocodrilo Sacamuelas estaba ahí. Como nuevo.

Luca abrió la boca, alucinando.

—¿Lo has hecho tú? ¿Cómo? —me preguntó. Yo negué con la cabeza.

—Te prometo que no he sido yo. No me ha dado tiempo. Ni Amazon es tan rápido.

—¿Qué hay en el tuyo?

Me latió el corazón tan deprisa que no me atrevía a deshacer el lazo rojo que había sobre el papel verde.

Cuando por fin tuve el valor de ver el interior, el corazón se me detuvo.

Estaba ahí. Intacta.

La autocaravana de Barbie con la que había soñado durante años.

Parpadeé varias veces, sin creerme lo que estaba sucediendo. A Luca tampoco le había dado tiempo a ir a por ella. Y obviamente no era la que había tenido en su infancia. La caja estaba sin abrir. Con su plástico incluido.

—¿Tú crees que…? —empecé a preguntar.

—¿Ha sido Papá Noel? No tengo la menor duda. ¡¡Vamos a jugar!!

Se lanzó a abrir el paquete cuando escuché cómo mi móvil sonaba desde el sofá. Alargué el brazo para leer el mensaje, esperando ver algo relacionado con mi familia (aunque fuera supertarde allí).

Pero no.

Había un mensaje que me dejó completamente helada.

«Señorita Caroline Pearson. Se le ha reasignado un vuelo para las 9 a.m. del día de hoy. Descargue su billete desde el email que acabamos de enviarle».

Miré a Luca.

Volví a mirar el móvil.

Y nunca se me había roto el corazón tan rápido.

Trasto de acero volador

—¿Que pone qué? ¡¡Vamos!!

Luca fue el primero en levantarse del suelo y tirar de mí. Por poco me convierte en una mopa que arrastra por el suelo para dejarlo impoluto.

—¡Papá Noel te ha hecho los dos regalos que querías! ¡Y tenemos poco tiempo para llegar al aeropuerto! —dijo mientras entraba en su habitación y se ponía unos pantalones y una camiseta.

—¿Tanta prisa tienes por librarte de mí?

Lo pregunté de broma, pero una parte de mí se sintió completamente dolida por ello. Creo que lo notó.

—No, no. Para nada. —Recogió mi cara entre sus manos y me miró a los ojos—. Si fuera por mí, me haría piloto para convencer a mis compañeros de que la huelga se alargara. El tiempo que hiciera falta. —El corazón me dio otro brinco. Ya me estaba acostumbrando a ellos—. Pero querías pasar la Navidad con tu familia. Y, vale, llegarás un poco tarde pero…

—Luca. —Puse las manos sobre las suyas—. No sé qué decir.

—No hace falta. De verdad. Vamos, ¿tu maleta? ¿Está todo dentro?

Asentí.

—Bueno, no, falta meter esto —señalé la autocaravana de Barbie—. No sé cómo lo voy a hacer.

No sé cómo lo hizo, pero consiguió que cupiera en la maleta.

Corrimos hasta el coche, nos subimos en él y condujo hasta el aeropuerto.

Una parte de mí solo quería que se perdiera. Que hubiera un atasco. Que no llegáramos hasta allí. El mundo me había robado un día con Luca, aunque significara ver a mi madre y mi hermana antes de lo que pensaba.

—¡Espero que me mandes muchas fotos de tu comida de hoy! O, bueno, de tu cena —dijo con una sonrisa cuando ya veíamos la entrada al aeropuerto.

—¿Y tú qué vas a hacer? ¿Lo vas a pasar solo?

—Qué va. Hoy como con mi hermana. No te preocupes por mí, tengo sobras hasta Reyes.

Agaché la mirada hasta la alfombrilla del coche. Me quedé observando una pequeña mancha, como si pudiera aferrarme a ella y que el tiempo no pasara.

Ya me jodería. Haberme pasado casi un año en España, no haberme comido ni una rosca y sentirme así de revolucionada justo cuando tengo que marchar.

Haber conocido a Luca ha dado un vuelco a mi manera de ver los peores momentos y solo tengo palabras de agradecimiento para él.

Tiró del freno de mano y el coche se detuvo por completo. Lancé un largo suspiro antes de encontrarle observándome con una sonrisa que reflejaba un aire de tristeza que me rompió el corazón.

No pensé en si era lo correcto o no, solo sé que me apetecía perderme otra vez en sus labios, así que me acerqué hasta él y le besé. Posó la mano en mi cuello, como si quisiera acercarme todavía más a él. Y la saliva se tornó salada cuando una lágrima llegó hasta nuestros labios unidos.

—Vamos, te acompaño hasta el control de seguridad —me dijo, cuando logramos separarnos. Sorbí por la nariz y salí del coche.

Luca se encargó de arrastrar mi maleta hasta que llegamos al mostrador en el que debía

facturarla. Nada me apetecía menos en ese instante. Nada me dolía más que sentir que estaba perdiendo la oportunidad de conocer a la persona que más me había complementado en mi vida.

Se me curvaron los labios cuando la mujer del mostrador se llevó la maleta. Me tembló la voz cuando quise despedirme de él. Por eso, solo pude volver a besarle.

—Esta ha sido la mejor versión de *Cuento de Navidad* que he visto nunca —me susurró. Yo arqueé las cejas, porque no entendí nada—. Ya sabes, *A Christmas Carol…ine.*

Le di con la mano en el brazo, tratando de ahogar una risa que cortó mi llanto de golpe. Me secó una lágrima traicionera con el pulgar y descubrí que él apretaba los labios para tratar que no se agacharan como los míos.

—Anda, ve, que vas a perder el vuelo.

Asentí y me di la vuelta para ir hacia el control de seguridad.

Una vez, en una de esas películas románticas de pacotilla, alguien dijo que si después de despediros, la otra persona se giraba para verte marchar, era porque estaba coladísima hasta las trancas.

Creo que esas no fueron las palabras exactas del guion, pero cuando me di la vuelta para observar. Vi que Luca ni siquiera se había dado la vuelta para irse. Que me observaba con su característica sonrisa. Y eso me rompió un poco más por dentro.

Llegó mi turno en el control de seguridad. Pasé mi mochila y cuando quise volver a buscar a Luca con la mirada, me fue imposible verlo. La marea de gente me tapaba todo lo que había al otro lado.

Me escocieron los ojos, sorbí por la nariz y me adentré en el aeropuerto en busca de la puerta de embarque que me llevaría a Nueva York y donde debía hacer escala para llegar a casa.

Iba a ser un viaje muy largo.

Muchas horas para llorar.

Si me hubieran dicho que estaría llorando por volver a casa unos días antes, no habría dado crédito. Pero supongo que esa es la magia de la Navidad.

Que puede aparecer un milagro en cualquier momento. Aunque ese milagro no sea lo que imaginamos y venga representado por la persona más optimista del planeta.

Desbloqueé mi móvil y escribí un mensaje para mi madre. Según los cambios de hora y si no me había hecho un lío haciendo cálculos, el vuelo duraba ocho horas hasta Nueva York, así que estaría allí a las once de la mañana local. Más las dos horas de vuelo hasta Detroit, más la hora y media hasta Willow Bend… tal vez sí, estaría allí para comer. Aunque fuera tarde.

Suspiré. Me esperaba un viaje muy largo y ya tenía hambre.

Me eché a un lado cuando alguien decidió que, de todos los asientos vacíos que había en aquella puerta de embarque, se tuviera que sentar justo a mi lado. Pero no gruñí, estaba demasiado derrotada. Simplemente, cerré los ojos y me dejé llevar por mi respiración para tratar de acompasar mis sentimientos.

—Señorita —dijo la voz de mi lado. Abrí un ojo y me quedé de piedra—, ¿qué me recomienda hacer el día de Navidad en Míchigan?

Luca se había sentado a mi lado, con una enorme sonrisa y los ojos más brillantes que nunca.

—¿Qué haces aquí? —Di un brinco—. ¿Te has colado? ¡Esto no es una película, Luca! ¡Te pueden arrestar! ¿Tú sabes cómo está el mundo después del 11S?

Luca alzó un billete de avión ante mis narices y pude leer el destino. Nueva York.

—Carlota me ha dejado tirado para comer y no me apetecía pasar el día solo. Así que he aprovechado que la controladora de mi hermana ya me había conseguido el visado para poder

entrar en Estados Unidos. ¡Con lo que queda para nuestro viaje, le da tiempo a pedir otro!

Me lancé sobre sus brazos y lo abracé mientras sentía que mi cuerpo se llenaba de calor. Le recorrí a besos hasta llegar a sus labios.

—Estás… ¿cómo decís vosotros? ¿Como una oveja?

—Como una cabra —me corrigió antes de encogerse de hombros—. Pero no pienso molestar, ¿eh? Tengo ocho horas para encontrar un hotel en el que quedarme en… ¿dónde decías que vivías?

—No te lo he dicho nunca. En Willow Bend tenemos un *inn.* Conozco a la dueña, espera, le voy a pedir una reserva. Pero mi madre se negará a dejarte ir, te pondrá la cama inflable en el salón, ya verás.

Entrelazó sus dedos con los míos y, solo con ese gesto, mi corazón se volvió completamente loco.

—Caroline. Me da igual donde dormir siempre que pueda tener la oportunidad de conocerte más. Es un poco locura, lo sé, pero… algo me dice que tire adelante. Si tú quieres, claro. Todavía estoy a tiempo de salir del aeropuerto, pero dímelo antes de que me suba a ese trasto de acero volad…

Le callé con un beso.

—Bien, porque me apetece mucho ser tu fantasma de las Navidades futuras —sonrió.

Y ya no hubo más dudas.

Carlota y Borja

Queremos que formes parte del
mejor día

de nuestras vidas

La ceremonia tendrá lugar en el
Palacete Los Cipreses